

LA EVOLUCION DEL PROBLEMA DEL SARRE

Al cesar el estruendo bélico y cuando el humo de la pólvora se hubo disipado, Alemania pudo comprobar que había perdido la guerra y con ella pedazos de su geografía. Al Este, los vecinos se habían precipitado sobre sus fronteras mordiendo profundamente en ellas. Al centro, como la línea de un meridiano de odio, la raya roja de un seto infranqueable dividía el país en dos.

Contemplando tanta ruina material, la pérdida a Occidente de 2,657 kilómetros cuadrados y algo menos de 900.000 habitantes parecía poca cosa a la hora de la hecatombe descomunal. ¿Qué era el territorio del Sarre comparado con Prusia Oriental, la frontera nueva de Polonia, la creación de una Alemania soviética? Y, sin embargo, aunque significara poco, sería en Occidente donde primero se plantearía el problema de la reincorporación del territorio irredento. No por la importancia en sí del territorio —por mucha que espiritual y materialmente pueda tener—, sino porque a Occidente el irredentismo podía discutirse con un país con el que, aunque ayer enemigo de armas, era posible el diálogo, que no en balde Francia y Alemania hablan un idioma común, que es el de la civilización occidental y el de las ideas y la cultura de la vieja Europa.

Precisamente en la cuenca del Sarre se venían cruzando desde tiempo inmemorial las rutas comerciales que de Flandes iban a Lombardía y las que procedentes de los valles del Danubio y del Main se encaminaban por Metz hacia París y la costa atlántica. En el albor de la Edad Media, el primer emperador cristiano de Occidente dividía sus tierras entre sus hijos, otorgando lo que luego sería tierra sarresa a Lotario, cuyas posesiones pasaron íntegramente a Austria al firmarse pocos años después (870) el tratado de Mersen. Más tarde, bajo los monarcas salios y francos se constituyeron las provincias de la Baja y Alta Lorena, incluyendo esta última todo el curso del Mosela, el alto Mosa y, desde luego, el valle del Sarre.

Pero en estas encrucijadas caravaneras, los años de paz son más

bien cortas treguas para dar aliento a nuevos combates y nuevas particiones y así fué como a mediados del siglo XVI el actual terreno del Sarre se encontraba dividido en tres porciones, correspondiendo una al Elector del Palatinado, otra al Obispo de Tréveris y la tercera al duque de Lorena. Las guerras de religión dejaron también su huella en la comarca, la tercera parte de cuya población pasó a engrosar las filas reformistas.

Ya por entonces empezaban a explotarse los yacimientos de una piedra negra combustible que ardía sin apenas dejar residuo y que proporcionaba elevado calor. Pero distaba de significar algo en la economía del país, que seguía siendo una fértil campiña dedicada en su mayor parte al cultivo de la vida o a la nutrición del ganado. La importancia del territorio seguía siendo militar, por ser clave de rutas, cruces de caminos. Luis XIV, que lo sabía, se ocupó, durante una de las muchas guerras que distrajeron su atención, de que sus soldados construyeran una fortaleza a orillas del río, castillo que, de las aguas que corrían a sus pies y del nombre del Monarca francés, fué llamado Saarlouis, centro desde donde las tropas borbónicas dominaron todo el Sur del curso del río a partir de 1686 y por un espacio de once años hasta la paz de Ryswyk, aunque la dominación francesa persistió en el fuerte y en un reducido terreno que desde él se dominaba.

Al terminar el Antiguo Régimen, la cuenca del Sarre era feudo de dos familias imperiales: los Nassau-Saarbrücken y la rama Zweibrücker de la casa bávara de Wittelsbach. Pero la biológica necesidad expansionista de los revolucionarios de París puso fin a tal estado de cosas y desde 1797 se encargaron de controlar las rutas sarresas y de predicar por los valles de la región su credo de Libertad, Igualdad y Fraternidad. En 1815, el Congreso de Viena trató de tomarse la revancha sobre todo lo pasado en aquellos últimos veinticinco años y entregó el Sarre solemnemente a Prusia y Baviera.

Con los últimos soldados de Napoleón se fueron los predicadores de la revolución política y llegaban los apóstoles de una nueva revolución que habría de transformar al país más que todas las guerras del pasado juntas. Era el comienzo de la Revolución Industrial que, al poner sus calderas en marcha, necesitaba toneladas y toneladas del buen carbón de las minas del Sarre.

A partir de este momento, la importancia militar del Sarre se cifra en función del aumento de su importancia industrial. Saarlouis ya no es un castillo; Saarbrücken ya no es un puente. No son en las cartas militares, más que unas minas de hulla con que mantener encendido el

hogar de la industria. Y, cuanto más carbón precisen las fundiciones de acero, mayor importancia económica adquiere el Sarre. La industria prusiana crece con el aporte del carbón sarrés y, para contrapesar, Napoleón III trata inútilmente de extender su frontera hasta la línea Landau-Saarbrücken-Saarlouis.

Lo que él no consiguió lo logró la Francia victoriosa de 1918. Como compensación a los destrozos ocasionados por los alemanes en las minas francesas del Norte y como garantía del pago de las indemnizaciones de guerra exigidas de Alemania, el art. 49 del Tratado de Versalles establecía la renuncia de Alemania al gobierno del territorio del Sarre en favor de la Sociedad de Naciones, a la que se encomendaba la tarea de constituir un gabinete que lo administrase. Desde el punto de vista aduanero, el Sarre quedaba incluido dentro de las fronteras francesas. Briand, en una carta de enero de 1918 al Embajador británico en París, había ya establecido la necesidad en que Francia se encontraba desde el punto de vista económico: "La posesión del Sarre para nuestra industria es esencial". Con arreglo a tal declaración se redactó el Tratado de Versalles, siendo ésta, pues, la primera vez en que por razones estrictamente económicas el Sarre cambiaba de manos.

Pero no sería la última. En efecto, la cesión del Tratado era solamente por quince años, ya que, concluidas las hostilidades, ni Estados Unidos ni Inglaterra estaban dispuestas a reconocer indefinidamente la cesión hecha a favor de Francia. Por ello, en 1935, se celebró el plebiscito previsto en Versalles y un 91 por 100 de la población pidió ser reincorporada al Reich. A causa de Hitler o a pesar de Hitler.

Hasta 1945, hasta el final de la segunda guerra mundial, el Sarre permaneció dentro de las fronteras del III Reich. "Semejante situación era una equivocación económica", decía la Oficina de Propaganda del Gobierno de Saarbrücken en 1951. Según dicho Gobierno, la economía sarresa estaba estrechamente emparentada con la de Lorena desde mediados del siglo pasado (y muy especialmente desde que Lorena estuvo incluida en el Imperio Alemán, esto es, de 1870 a 1918), de modo que la separación del Sarre y Lorena era un absurdo económico, puesto que el establecimiento de una frontera aduanera que separaba ambos territorios privaba al primero de sus proveedores de artículos alimenticios y de sus consumidores de carbón, dado que las fundiciones de Metz y Nancy dependían de las suministros de combustible de las minas sarresas.

La idea de incorporar el Sarre a Francia no era, pues, nueva, y pues-

tos a la venta los despojos de la Alemania vencida era natural que reverdeciera en muchas mentes no sólo en París, sino en el propio Sarre. No debe olvidarse a este respecto la atmósfera que se respiraba en aquellos días de la primavera de 1945, cuando ser alemán era un delito; más aún: era una especie de pecado original para el que no había bautismo. La derrota, el hambre, el frío y el paro obrero aniquilaban los ideales y las voluntades más templadas. Francia no andaba muy boyante tampoco, pero su economía de país vencedor se reharía, sin duda, antes que la del vencido, y los racionamientos de comida y combustible serían mejores para los franceses que para los alemanes. Era, pues, difícil no ceder a la tentación y no acoger—si no con entusiasmo, al menos con resignación—la idea de la anexión a Francia.

Nadie se conmovió, ni en el Sarre ni en el resto de Alemania—ni, por supuesto, en el mundo—, respecto al destino futuro de un pequeño pedazo de territorio. Y si en el resto del III Reich alguien lo sintió como un desgarrón, no se olvide que los alemanes estaban inermes para oponerse a que se hiciera de ellos lo que sus vencedores estimaran pertinente.

En menos de setenta años, Francia había sido invadida tres veces por Alemania. El potencial bélico que arrasó las campiñas de Francia en tres generaciones consecutivas estaba forjado en gran parte con el carbón del Sarre. Francia quería—según decía—asegurarse contra una cuarta agresión, y en un memorándum presentado ante la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores en Londres, en septiembre de 1945, subrayaba que “Rehnanía-Westfalia no debía ser para Alemania en el futuro ni un arsenal, ni un puente, ni una base de partida desde la que atacar a su vecino occidental. Bidault añadía que “la amenaza alemana persistirá mientras un Gobierno alemán pueda disponer de las fuerzas industriales que le permitieran una reconstrucción de su potencial militar”.

Para más claridad, Bidault declaraba ante la Asamblea Nacional Constituyente el 17 de enero de 1946 que “las minas del Sarre, que de acuerdo con el Tratado de Versalles eran propiedad francesa, debían volver a ser francesas, y que el territorio (del Sarre) debía ser incluido dentro del espacio monetario y aduanero francés para que de este modo se engranaran las dos economías”. La frase representaba claramente el punto de vista de París por lo que hacía a la necesidad de incorporar el Sarre económicamente a Francia, desligándolo de Alemania.

En sus exigencias contaba Francia en aquellos primeros años de la

postguerra con el apoyo de Inglaterra, y los propios Estados Unidos declararon por boca de Byrnes, a la sazón secretario de Estado, que no veían modo de oponerse a las pretensiones de los políticos franceses.

La consecución de tal objetivo—al igual de otros muchos que no son del caso—dependía de la concordia que reinase entre los vencedores. Pero pronto se vieron defraudados en sus ilusiones los que habían esperado un prolongado período de paz militar y espiritual para el mundo. La sombra de Stalin andaba por aquellos días cavando honda la frontera entre Oriente y Occidente, y comenzaban a sentirse los primeros escalofríos de la que se llamaría guerra fría. Rusia había pedido ya participar en el control del Ruhr, y el secretario de Estado norteamericano hubo de declarar que “los Estados Unidos no exigirán jamás controles que sometan a potencias extrañas el dominio o el manejo del Ruhr o de Rehnania”. Y Bevin, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno laborista, afirmaba en el verano de 1946: “Nuestros amigos rusos han intentado hacer del Ruhr un tema de discusión. Pero mi punto de vista ha sido siempre que no sólo debemos saber lo que pasa en el Ruhr, sino también en Sajonia y Turingia...”

De este modo el futuro del Sarre ya no dependía de una decisión unilateral; comenzaba a ser un problema de envergadura por falta de criterio unánime, y las intromisiones de Rusia, que de amiga pasaba a ser casi enemiga, podían aún complicarlo más. Francia, que se dió cuenta de cómo se presentaban las cosas—y queriendo tal vez presentar al mundo un estado de hecho—, tomó la resolución de extender por su cuenta—como lo hizo el 22 de diciembre de 1946—sus fronteras para incluir dentro de las mismas al territorio del Sarre, incrementado en 142 comunidades, que representaban por su parte 888 kilómetros cuadrados y una población complementaria de 97.000 habitantes. Sesenta y una de dichas comunidades las devolvió poco después como consecuencia de una gestión de Estados Unidos a Inglaterra, pero todavía obtuvo el consentimiento de ambas potencias en 1949 para incorporar al Sarre una faja de terreno de su zona de ocupación militar de Alemania, so pretexto de ejercer en ella una vigilancia que le permitiera evitar que los alimentos que mandaba al Sarre se filtrasen “hacia otros países”; es decir, hacia la Alemania hambrienta.

En abril de 1947 se reunió en Moscú la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores. Todavía se tenían esperanzas de colaboración con los soviets, y en aras de ella Francia expuso que su rectificación

de fronteras con Alemania no significaba una decisión terminante y que estaba dispuesta a aceptar la resolución que al respecto pudieran tomar los reunidos. Pero los reunidos no estaban muy acordes. Ciertamente que Inglaterra y Estados Unidos—declaración de Marshall de 10 de abril—estaban dispuestos a reconocer la incorporación a Francia, pero Molotov manifestó al principio de la reunión un punto de vista tan poco claro que sus colegas occidentales quedaron en la duda de lo que realmente pensaba. En efecto, dijo que no tenía argumentos que oponer a los deseos de Francia; pero no fué más concluyente. Mas cuando pasaron los días y se aproximaba el final de la Conferencia, el ministro soviético se destapó diciendo que daría su voto favorable a Francia si se concedía a la U. R. S. S. participación en el control del Ruhr, petición que ya sabía—por las declaraciones previas de Inglaterra y Estados Unidos—que no sería aceptada por los demás participantes en la Conferencia. La deducción inmediata era que Rusia no quería que el Sarre fuera cedido a Francia.

Naturalmente, en todo este negociar Alemania no contaba. A los dos años de terminada la guerra continuaba careciendo de voz y permanecía sumida en el caos económico, sin que nadie la consultase para saber cuál podría ser su opinión en lo referente a un pedazo de sí misma. Tampoco los sarreses contaban, ni nadie se preocupó de llamarlos a capítulo. Pero sin que Alemania se lo propusiera ni Rusia pretendiera salir en su defensa, el hecho es que gracias a Stalin no se consumó por entonces la incorporación *de jure* del Sarre a Francia, con las consecuencias evidentes para el futuro de dicho territorio.

De hecho Francia ocupaba y administraba el territorio, y en el verano de 1946 constituyó un Comité, que era en realidad un verdadero Gobierno de la zona, bajo cuya administración se constituyó la "Regie des Mines de la Sarre", administrada por veintiún franceses y seis sarreses, y entró en circulación el franco francés.

Francia se ocupó también de organizar—y naturalmente en su favor—la vida política sarresa, a cuyo efecto entraron en funcionamiento los sindicatos obreros a fines de 1945, y semanas después los partidos políticos siguientes: CVP (Partido Popular Cristiano), SPD (Partido Socialdemócrata del Sarre) y KPS (Partido Comunista Sarrés). En marzo de 1947 se autorizó la actuación del DPS (Partido Demócrata del Sarre), al tiempo que se organizaba el "Mouvement pour le Rattachement de la Sarre à la France", que contó con el apoyo de París y la

colaboración de las figuras más destacadas de la política sarresa, como el doctor Johannes Hoffmann, que más tarde sería presidente del Gobierno de Saarbrücken.

La posición de Francia en el Sarre había alcanzado quizá su cota más alta. Mientras Alemania padecía del destino del vencido, Francia se ocupaba de que la población del Sarre gozase de una situación económica y alimenticia lo más favorable posible, conducta que se traducía en agradecimiento hacia el ocupante, que ahorraba al ocupado los horrores del destino de Alemania. Por eso no es de extrañar que por aquellos días nadie pensase en el Sarre en una eventual reincorporación a Alemania. Y cuando en septiembre de 1946 se anunciaron elecciones municipales y cuando en octubre del año siguiente tuvieron lugar las primeras elecciones parlamentarias, los únicos problemas que se discutían eran de índole meramente interior, tales como la socialización y la enseñanza religiosa, sin que nadie pensase en darles otro matiz.

La noche que precedió a las elecciones, Mr. Grandval, a la sazón alto comisario de Francia en el Sarre, pronunció un discurso radiodifundido, anunciando a la población el establecimiento de un régimen democrático fundado en el principio del respeto a los derechos inalienables de la persona, derechos que la Constitución—proclamada pocas semanas después por el Parlamento—sancionaba totalmente. Los electores—unos pensando que la reincorporación a Alemania era imposible ya, otros por agradecimiento al régimen que les ahorraba el trágico vivir de los demás alemanes, otros asustados por las deportaciones en masa (*Saarbrücker Zeitung* de 6 de junio de 1946 y *Documents and State Papers*, del Departamento de Estado de Washington, de 7 de octubre de 1948, que cita la deportación de 1.500 familias en junio de 1947)—votaron en masa, concediendo una mayoría aplastante al CVP, que presidía el doctor Hoffmann.

El día 4 de octubre el Parlamento sarrés fué solemnemente inaugurado. Como un símbolo, el discurso de apertura fué pronunciado por el alto comisario francés, que dijo, entre otras cosas: "Todas las relaciones políticas, todos los contactos entre los dos pueblos fronterizos (Francia y Sarre) fueron falseados por Prusia; el Sarre, que ha pagado caramente su error de 1935, fué una de las principales víctimas de semejante absorcionismo imperialista."

Como una respuesta, aunque indirecta, a tal punto de vista, el diputado Peter Zimmer declaraba el día 6 de noviembre en pleno Parlamento: "Todo el mundo sabe que nosotros, ni como sarreses, ni como

políticos sarreses, ni como partidos políticos del territorio, tenemos influencia alguna en la administración de nuestro país. Se nos administra comisariamente.” Eran las primeras palabras que advertían a Francia que no todo el mundo estaba de acuerdo con su administración. Pero eran prematuras, y la labor parlamentaria siguió su cauce normal sin mayores incidentes, aprobándose la Constitución, cuyo artículo primero declaraba que “el pueblo sarrés... funda su futuro en la incorporación económica del Sarre a Francia... y en la independencia política del Imperio alemán”. Su texto pasó a ser ley con un voto en contra, el de un diputado comunista, pues otros cinco diputados socialistas que estaban decididos a imitarle cambiaron a última hora su opinión, después de haber sostenido una entrevista con el alto comisario.

Seguidamente se constituyó el nuevo Gobierno, bajo la presidencia de Hoffmann. De su actuación hasta 1955 los periódicos alemanes sacaron la conclusión de que no perseguía más que la incorporación del Sarre a Francia, intentando desligarlo totalmente de Alemania y poniendo para ello en acción, dicen, todos los recursos del Poder, sin reparar en los más elementales derechos humanos. “No hubo libertad más que para apoyar lo que favorecía a Francia”, se ha escrito, y el diputado Danzebrink, del propio partido de Hoffmann, llegó a decir en pleno salón de sesiones el 8 de julio de 1948, refiriéndose a la situación en el Sarre, que “una democracia que trata de defenderse con los métodos de una dictadura ha dejado de ser una democracia”.

Al otro lado de la frontera, a orillas del Rhin, se constituía en otoño de 1949 el primer Gobierno federal alemán. Naturalmente carecía de una política con referencia al Sarre, pues otros muchos problemas de mayor magnitud distraían su atención. Podía la cuestión despertar ecos en las fibras más sensibles de los políticos de Bonn, pero no había llegado el momento para hablar del Sarre, so pena de despertar los peores recelos.

Por no empezar exigiendo desde el primer momento, el Gobierno de Bonn fué acusado inmediatamente por la oposición de debilidad. Pero es dudoso que cualquier otro Gobierno hubiera podido seguir una política distinta de la que iniciaba el régimen de Bonn, basada en tratar de conseguir la confianza de los occidentales, única base sobre la cual era posible construir un sistema que permitiera a la larga establecer contactos destinados a resolver el futuro del Sarre. Convencer al mundo de que Alemania no trataba de buscar una revancha era condición im-

prescindible si se quería que un día Francia accediera al diálogo para buscar una fórmula de arreglo sobre la frontera común.

Por lo pronto, la constitución del Gobierno federal, que se presentaba a sí mismo como único portavoz autorizado de todos los alemanes, era un foco de atracción para muchos sarreses. Bien estaba votar por Hoffmann en 1946 y 1947, pero llegado 1950 y existiendo por vez primera un Gobierno alemán, la situación empezaba a ser muy distinta.

¿Pensó en algún momento Hoffmann ponerse en contacto con Adenauer para tratar de llegar a un acuerdo? Si alguna vez le pasó por la cabeza, no cabe la menor duda de que ni siquiera llegó a formularsele a sí mismo, desengañado como estaba de que el alto comisario francés no le habría dejado dar ni un solo paso en tal sentido. Hoffmann se aplicó, pues, a negociar con París las convenciones de 1950, que otorgaban a Francia la explotación de la cuenca carbonífera, reconociendo la independencia del Sarre en las esferas legislativa, administrativa y judicial, si bien el alto comisario se reservaba la posibilidad de impugnar lo que dispusieran las autoridades de Saarbrücken en el caso de que infringieran las obligaciones internacionales del Sarre, rompieran la unidad aduanera y monetaria con Francia o pusieran en peligro la independencia política del territorio. En resumen: el alto comisario se reservaba el último poder decisorio.

Es curioso advertir que en ningún momento anterior o posterior a estos convenios pretendió Francia la anexión apoyando sus pretensiones en razones geográficas, militares o histórico-políticas, sino que fueron únicamente razones de índole económica las que exhibía en sus intentos de anexionarse el Sarre. Pero no por eso dejaron de levantar en la República federal formidable polvareda. Bonn decidió no reconocer nunca un Estado del Sarre ni un Gobierno sarres que, con palabras de Adenauer, sólo era "organismo administrativo de un territorio del que se decidirá en un acuerdo en el que el tal Gobierno no participará ni como negociador ni como parte interesada". El Gobierno federal publicó un Libro Blanco exponiendo los títulos alemanes sobre las minas del Sarre, añadiendo que la solución del problema del territorio solamente podía llegar a obtenerse previa consulta de la opinión de sus habitantes, y exigiendo finalmente la constitución de un control internacional sobre la zona, a semejanza del establecido sobre la cuenca del Ruhr.

Las voces de Bonn hallaron eco en el propio Sarre, donde se dejaron oír protestas contra la legislación —calificada de "antidemocrática"—, contra la distribución de la ayuda del Plan Marshall para el Sarre a

través de Francia y contra la participación del territorio en la proyectada Comunidad Europea de Defensa, protesta esta última de la que se hicieron campeones los socialdemócratas sarreses, como lo eran sus colegas federales respecto a la participación de Alemania en la empresa internacional contra el comunismo que representaba la C. E. D.

El Gobierno federal entraba de esta manera por primera vez en el problema del Sarre. En una nota a las altas Comisarías de las tres potencias ocupantes, Bonn subrayó el hecho de que la convención franco-sarresa no subordinaba la validez de lo acordado a la aprobación de un tratado de paz, a lo que los comisarios francés e inglés se apresuraron a contestar diciendo que cualquier decisión que pudiera tomarse sobre el Sarre no tendría validez sino provisional y hasta que se decidiera definitivamente del futuro del territorio en el tratado de paz. De todos modos, de la respuesta francesa se deducía—según comentarios de fuente alemana—que Francia haría todo lo que estuviera en su poder para que fueran incluidos en el tratado de paz los convenios acordados entre Saarbrücken y París. Pero del intercambio de notas se llegaba a la conclusión de que el futuro del Sarre habría de ser decidido con la colaboración de Bonn, punto sobre el que hasta entonces nadie había pensado.

Para reforzar su posición el doctor Hoffmann trató por entonces de conseguir la entrada del Sarre en el Consejo de Europa, petición que Francia apoyó oficialmente, no sin que algunos periódicos—como *Le Monde* (número 1.404), cuya entrada en el Sarre fué prohibida—se manifestaran en contra escribiendo: “El Sarre tiene un Parlamento, pero no será un Estado independiente en tanto en cuanto un alto comisario francés pueda entrometerse en todos sus asuntos.” Y añadía para terminar: “¿Se hará sitio (en el Consejo de Europa) a un fantasma de Estado que se encuentra separado de Alemania mientras a la propia Alemania se la hace esperar a la puerta? Eso sería ofensivo, y no solamente para los alemanes. Con métodos de esta clase no se construye Europa.”

A pesar del apoyo oficial francés, el Sarre no fué admitido en el Consejo, pues Inglaterra, Holanda, Noruega y Suecia se opusieron a ello por estimar que la situación internacional del territorio era sólo provisional, y desde un punto de vista de Derecho internacional, nada clara. El Gobierno de Bonn hizo oír su voz, afirmando que el Gobierno del Sarre carecía de “estatuto político que le diera capacidad negociadora

internacional, situación que no cambiaría aunque dicho territorio llegase a firmar un acuerdo internacional”.

Hoffmann no se dió por derrotado y, al constituirse la Montana Unión, trató de que el Sarre fuera admitido en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en calidad de séptimo Estado participante, a lo que también se opuso terminantemente el Gobierno de Adenauer, que envió una nota a París especificando que “el arreglo final de la situación del Sarre solamente puede tener lugar en el tratado de paz o en un tratado de valor equivalente”. Francia en su contestación aceptaba dicho punto de vista, tal vez teniendo en cuenta la advertencia “claramente hecha” por el jefe del Gobierno alemán—según Adenauer manifestó *a posteriori*—de que la aceptación del Sarre en la Montana Union hubiera llevado consigo la retirada de Alemania de dicho organismo. Alemania se ocupó de dejar bien sentado en el curso de un intercambio de cartas entre Schuman y Adenauer que “ninguna de las partes interesadas podía emprender acciones destinadas a convertir por anticipado en ilusorias las atribuciones que se reservaban al tratado de paz futuro”.

La evolución de las relaciones francoalemanas se comprende mejor a la luz de la situación general internacional de aquellos días, a la vista de la guerra de Corea, a la creciente idea de que era preciso defender Europa del ataque del comunismo y al convencimiento de que era imprescindible llegar a un entendimiento francoalemán que diera unidad a Occidente. Dejar que el problema del Sarre obstaculizara la consecución de tal acuerdo equivalía a un suicidio colectivo.

Pero, a pesar de ello, el camino hacia un entendimiento francoalemán no discurría sin incidentes. La ruta que va desde 1950 hasta nuestros días está llena de altos y bajos que alternativamente hacían crecer o desinflarse las esperanzas de quienes veían en el acercamiento de los dos países la clave de la fuerza de Europa. Ya en abril de 1950 el doctor Hoffmann reconstruyó su Gobierno, integrándolo únicamente con miembros del CVP, ordenando meses después la disolución del partido pro alemán DPS y la prohibición de su funcionamiento por anticonstitucional, mientras se negaba la entrada en el territorio a tres diputados del Parlamento federal que iban a tomar parte en un acto de propaganda del citado partido. El ministro belga Spaak, al tener noticia de lo sucedido, afirmó que la disolución del DPS sería en lo sucesivo un arma peligrosa en manos del Gobierno federal, máxime cuando el pretexto de la disolución fué un memorándum del partido abogando por la neutralización del Sarre hasta la firma del tratado de paz. En Bonn la

medida fué considerada como un expediente destinado a limitar y disminuir la influencia alemana en el Sarre y preparar el camino de su incorporación a Francia.

De todo ello el Gobierno de Bonn tomó pretexto para enviar a los aliados una nueva nota el 29 de mayo de 1951 protestando de la incorporación económica del Sarre a Francia y poniendo, al propio tiempo, de relieve los procedimientos poco democráticos del Gobierno de Saarbrücken, que impedían el libre funcionamiento de los partidos políticos. Las palabras de *Le Figaro* de 26 de enero de 1950 tenían de nuevo actualidad, y Richard Becker, presidente del partido disuelto, volvió a airearlas: "... cada sarrés debe tener derecho a expresar su pensamiento, incluso si piensa que el Sarre corresponde a la nueva Alemania... Con los métodos de despotismo no se hace una política de libertad." Y el doctor Adenauer, en la sesión parlamentaria del 30 de mayo de 1951, acusó a Francia de querer hacer del Sarre "un segundo Luxemburgo, un Estado independiente políticamente de Alemania", calificando de "anticuada" una política que buscaba la creación de nuevos Estados cuando el mundo entero caminaba hacia una integración y una supresión gradual de las fronteras europeas. "Nos es igual—dijo—que Francia se anexe el Sarre o que trate de hacer de él un nuevo Luxemburgo. Considerado desde nuestro punto de vista, se trata siempre de un intento de separación, de desmembramiento de Alemania, y los políticos sarreses que apoyan tales proyectos no podrán quejarse si a nuestros ojos, y como autores de tal separación, los consideramos como simples separatistas."

La nota del Gobierno de Bonn fué contestada conjuntamente por los tres altos comisarios aliados, declarando que el arreglo de la cuestión del Sarre se reservaba a un futuro tratado de paz, y expresando su deseo de que pudiera encontrarse un camino que impidiese que el problema se convirtiera en una llaga que hiciera imposible la formación de una estrecha asociación de las potencias europeas.

Pero las cosas en Saarbrücken no discurrían por un camino que favoreciera la concordia de las partes interesadas en el pleito. Viendo el resurgir de Alemania comenzaban los sarreses a atreverse a expresar su disconformidad con la situación reinante. La Asociación Sindical de Mineros, el sindicato más importante del país, eligió presidente a Paul Kutsch—enemigo declarado del régimen Hoffmann—, que no vaciló en pregonar a los cuatro vientos sus ideas hasta que fué destituido de sus funciones, junto con otros cuatro miembros del Comité directivo, a

instancias y bajo presión de Francia, según se dijo en Alemania. Y como el sindicato expresase meses más adelante su conformidad con las ideas de Kutsch fué ordenada su disolución por el Gobierno sarrés.

Simultáneamente, el proyecto de constituir en el Sarre una filial del partido Cristiano Demócrata federal fué rechazado por el Gobierno Hoffmann, fundándose en que el partido se negaba a dar su aprobación a los principios formulados en la Constitución del territorio de que el bienestar y el desarrollo del Sarre “pueden asegurarse” con la inclusión en el espacio económico francés y de que “un estatuto internacional será la base de su vida y de su reconstrucción”. Efectivamente, el CDU se negó a aceptar tal principio, por estimar que ello entrañaba renunciar por anticipado a una política de reincorporación del Sarre a Alemania.

Unas declaraciones del Comisario Grandval al “Continental Daily Mail” vinieron a complicar aún más las cosas. Grandval declaró que Francia no proyectaba disolver la unión económica con el Sarre puesto que era clave del potencial francés, ya que así había llegado a producir el 34 por 100 del acero europeo frente al 35 por 100 que Alemania—sin el Sarre—producía. Si el territorio en disputa era otorgado a Alemania, aclaraba, ésta pasaría a producir el 42 por 100, con la correspondiente disminución de la producción francesa y el consiguiente desequilibrio de fuerzas entre ambos vecinos. Y por si fuera poco, añadió que, a su modo de ver, era completamente innecesario hacer un plebiscito.

No pasaron muchos meses sin que otro nuevo incidente viniera a agriar el problema. En enero de 1952, Francia transformó la Alta Comisaría en Saarbrücken en una Embajada, creando al propio tiempo una Embajada del Sarre en París “para fortalecer su autonomía”. El Gobierno alemán lamentó la medida y las relaciones París-Bonn —aunque François Poncet, alto comisario en Alemania, declaró en la Universidad de Tübingen que el nombramiento tenía exclusivamente carácter personal a favor de Grandval—alcanzaron de nuevo uno de sus más bajos niveles. En vísperas de la Conferencia de Londres de 18 de febrero, proyectada con vistas al fortalecimiento de la unidad europea, Inglaterra y Estados Unidos decidieron intervenir para evitar las peligrosas consecuencias de la fricción francoalemana.

En efecto, Francia con tal medida había—a juicio de Bonn—roto “la tregua” que Adenauer y Schuman se habían comprometido a observar en el asunto del Sarre cuando firmaron el 18 de abril de 1951 el

llamado Plan Schuman. Estaban en curso las negociaciones para el establecimiento de una Comunidad Europea de Defensa, que debía constituir un paso importante en la consecución de la integración europea, y era de temer que el resurgir de la tensión francoalemana diera pie a los enemigos de la Comunidad para poner de relieve la imposibilidad de llegar a ningún resultado positivo mientras las dos partes interesadas no fueran capaces de suprimir sus diferencias sobre punto de, al fin y al cabo, tan poca importancia en comparación con los grandes problemas del momento. El Bundestag declaró que la transformación de la Alta Comisaría francesa en Embajada había sido vista "con muy profundo sentimiento", expresando al propio tiempo su temor de que tal medida tuviera por objeto forzar una solución del problema "antes de que se llegara a un tratado de paz". (Sesión de 7 de febrero de 1952.)

Por eso fué en este momento cuando se decidieron Inglaterra y Estados Unidos, en defensa de los supremos intereses del mundo occidental, a intervenir en el problema, y recomendaron a las partes interesadas que entrasen en negociación directa para tratar de ponerse de acuerdo y no dejar la resolución del asunto pendiente hasta la fecha incierta en que pudiera llegar a ser firmado un tratado de paz. Para la consecución de tal objetivo, ambas potencias ofrecían su ayuda.

La decisión angloamericana era para Alemania un triunfo en cuanto significaba, de una parte, que Londres y Washington ya no apoyaban incondicionalmente la política de su aliada respecto al Sarre y, de otra parte, en cuanto Alemania era reconocida como interesada en el futuro del Sarre y en tal sentido se le atribuía la misma capacidad que a Francia para tratar de igual a igual con ésta.

Alemania no desperdió minuto, y todavía en Londres, el Canciller Adenauer comenzó a negociar con los franceses, continuando seguidamente las conversaciones en París. Fruto de estos primeros contactos fué la idea de hacer del Sarre un "territorio europeo" y convertir su capital en sede de la Alta Autoridad de la Montaña Unión.

Pero el resultado más importante de las conversaciones entre Schuman y Adenauer fué el acuerdo de que cualquier resolución final del problema del Sarre sólo podría tener lugar previa consulta de la población del territorio. Con esta tesis el Gobierno alemán trataba de dejar de lado en cualquier decisión futura al Gobierno y al Parlamento de Saarbrücken, a los que consideraba formados exclusivamente por partidos pro franceses desde la disolución del DPS. En la resolución con-

junto francoalemana de 20 de marzo, se anunció, sin embargo, junto al propósito de proseguir las conversaciones bipartitas comenzadas, que se prestaría oído a las sugerencias de las autoridades de Saarbrücken. La oposición al Canciller en el Bundestag clamó contra lo que ella estimaba reconocimiento por el Gobierno Federal del Gobierno del Sarre, opinión en la que coincidía, por cierto, con el alto comisario francés y con el propio Gobierno sarrés que se consideró reconocido por Bonn. El Canciller federal hubo de comparecer ante el Parlamento para desvanecer lo que, según él, era un error, ya que en las conversaciones con Schuman nunca se había planteado—dijo—la posibilidad de “que representantes del Gobierno del Sarre pudieran participar *con derecho a voto*” en negociación alguna.

El Gobierno Federal pudo capear la tormenta en casa sin mayores contratiempos, máxime cuando las negociaciones directas francoalemanas languidecieron pronto ante la resistencia de determinados círculos políticos franceses, muy especialmente del Senado, empeñados en dar como definitiva la separación política del Sarre de Alemania y su incorporación económica a Francia. Incluso en el caso de una europeización del territorio, decían, debían continuar en vigor los convenios franco-sarreses de 1950.

Adenauer volvió a tomar la palabra para aclarar que los convenios no podían continuar en vigor una vez europeizado el territorio porque, “si un territorio del tamaño y la estructura económica del Sarre depende totalmente en el aspecto económico de Francia, también dependerá económicamente de Francia. Si ha de otorgarse al Sarre un estatuto político europeo, tal proyecto no será realizable mientras el país siga sometido al dominio económico francés”.

El coloquio francoalemán en tales términos era imposible y así lo reconocía el Gobierno de Bonn ante el Parlamento el 23 de abril, aprobándose una declaración de principio en la que se decía que “el Sarre es, con arreglo al Derecho Internacional, parte integrante del territorio alemán” y que las circunstancias a que se habían llegado en el territorio habían sido tomadas “en contra del principio democrático del derecho a la autodeterminación y sin ningún título legal”. “Sobre el territorio del estado alemán no se puede proceder jurídicamente sin consentimiento alemán”.

Para complicar aún más las cosas, el Gobierno del Sarre anunció la celebración de elecciones el 30 de noviembre. No podían ser candida-

tos los que, en el curso de los dos años últimos, hubiesen formado parte de los comités directivos de partidos que hubieran sido disueltos, medida dictada para impedir que saliesen diputados antiguos políticos del disuelto DPS. Grandval, en relación con esto, declaró ante el Club de Prensa de Saarbrücken que, proyectada la europeización del Sarre, no había por qué autorizar a tomar parte en las elecciones a partidos de carácter nacionalista, aludiendo así concretamente a los partidos proalemanes.

En Bonn, el doctor Adenauer declaró que Alemania no podía considerar tales elecciones como libres y democráticas y que el gobierno que de ellas resultase no sería nunca aceptado por la República Federal como un legítimo representante del pueblo del Sarre.

Las elecciones se celebraron y el CVP del doctor Hoffmann obtuvo 29 de los 50 escaños parlamentarios, alcanzando, según los datos oficiales, al 93 por 100 el número de votantes que participaron en la consulta popular.

Bonn estimó que las elecciones habían tenido lugar en un clima de coacción que las hacía inválidas. Pero lo cierto es que fueron generalmente consideradas como un fracaso de la política del Gobierno Federal respecto al Sarre.

Con tan malos auspicios para un arreglo francoalemán del problema comenzaba el año 1953. La política de la integración europea se había estrellado en el valle del Sarre. El Consejo de Europa trató de buscar una solución y encargó al socialista holandés van der Goes van Naters la confección de un plan al efecto. El comisionado, en un primer informe, daba mayor importancia a los derechos de Alemania que a los de Francia basándose en consideraciones meramente históricas y en este sentido trató de elaborar un plan que, teniendo en cuenta los intereses de ambas partes, fuera aceptable para todos. Tal plan sólo podía basarse en un compromiso y éste sólo podía obtenerse a través de largas y delicadas negociaciones, en medio de las cuales Francia declaró que solamente daría su consentimiento a una solución del problema del Sarre que fuera dependiente de la aprobación de los acuerdos de París. Con otras palabras: si no se aprobaban los acuerdos de París, Francia no aprobaría ningún plan que alterara el statu quo del Sarre. Francia, en su calidad de ocupante del territorio, se atribuía de este modo la última palabra para decidir de su futuro.

Por fin, van Naters dió a conocer su plan. El punto central del

mismo lo constituía el nombramiento de un comisario europeo por el consejo de ministros del Consejo de Europa, comisario que no podría ser ni sarrés, ni francés, ni alemán. El comisario firmaría los acuerdos internacionales previa aprobación del parlamento y sería únicamente responsable ante el Consejo de Europa. A sus órdenes quedaba un viccomisario y, para asesorarle en sus tareas, se le designarían cinco consejeros, entre ellos un francés y un alemán. Por otra parte, la defensa del territorio del Sarre quedaba encomendada a las tropas aliadas; se preveía un acuerdo cultural para la protección de la lengua alemana; y la unión económica con Francia sería sustituida por un plan de cooperación económica valedero por cincuenta años, plan en el que se estructurarían las modalidades de creación de una moneda germanosarresa que circularía junto al franco francés. Además el proyecto van Naters preveía el mantenimiento de los derechos fundamentales democráticos, de modo que la constitución de partidos políticos y su funcionamiento quedaba desligado de la obtención de permiso previo alguno de las autoridades.

Puesto a estudio el plan, París y Bonn tendrían que dar garantías de la observación y aceptación del estatuto que se aprobase. El Gobierno Federal precisó, no obstante, que debería darse a todos los partidos políticos tiempo suficiente para que preparasen su campaña con vistas a la consulta electoral acordada por Adenauer y Schuman en la conferencia de Londres de 1952, consultada destinada a conocer la opinión de los sarreses sobre el Estatuto que se les ofrecía.

El 26 de abril de 1953 fué aprobado el plan van Naters por el Consejo de Europa y tres días más tarde el Gobierno Federal exponía ante el Parlamento su punto de vista sobre el problema, que podía concretarse en los siguientes puntos: Primero. El arreglo final de las fronteras de Alemania sólo podía tener lugar en un tratado de paz concertado con un Gobierno de toda Alemania. Segundo. Cualquier solución debía contar con la opinión, libremente manifestada, del pueblo sarrés. Tercero. La solución debía tener un auténtico, y no simplemente aparente, carácter europeo. Cuarto. No debía haber creación de ningún Estado nuevo. Quinto. La europeización del Sarre sólo podría llevarse a cabo con la constitución simultánea de una comunidad política europea. Sexto. Debía preverse el paulatino establecimiento de un mercado común germanosarrés.

No se había llegado, sin embargo, al momento de poder conseguir

fácilmente un estado espiritual que permitiera la aplicación del plan aprobado. Había intereses que se veían muy directamente afectados por el plan van Naters y con tal motivo se oponían a su aplicación inmediata. Precisamente buscando la protección de esos intereses para mantenerse en el poder, negoció por entonces Hoffmann una nueva convención con Francia, en virtud de la cual su subrayaba la independencia del territorio sarrés, limitándose los poderes atribuidos al Alto Comisario, mejor dicho, al Embajador de Francia. El Sarre quedaba autorizado a abrir consulados en Francia y territorios franceses de ultramar, se suspendía la administración de secuestro y se establecía un nuevo Tribunal de Casación para asuntos sarreses independiente del tribunal general competente para toda Francia. Además la legislación francesa dejaba de ser automáticamente válida en el Sarre sin la previa aprobación del Gobierno de Saarbrücken, el cual se encargaba asimismo del mantenimiento del orden público. Francia conservaba la representación del Sarre en el extranjero o frente a organismos internacionales, así como la negociación de acuerdos comerciales, reservándose, por otra parte, el derecho a declarar el estado de excepción en caso de crisis internacional.

A pesar de las reservas de poder que Francia se atribuía, es indiscutible que el Sarre recibía una serie de concesiones, la más importante de las cuales era, quizás, el reconocimiento a su favor de un cierto título sobre la propiedad de las minas (recuérdese la declaración de Bidault de años anteriores), declarándose Francia simultáneamente dispuesta a una administración meritoria de dichas explotaciones carboníferas.

El doctor Hoffmann procedió, por su parte, a elaborar un plan, un plan de europeización del territorio que, en virtud del mismo, se convertía en sede de la Montana Unión, la Comunidad Europea de Defensa y de otras organizaciones europeas de carácter colectivo. El plan preveía que la economía del Sarre, así como su representación diplomática y su defensa exterior correrían a cargo de Francia, si bien se proyectaba una consulta electoral bajo control internacional para decidir en último extremo.

El 2 de julio de 1953, en un debate general sobre el Sarre, el Bundestag exigió que el Gobierno Federal mantuviera en todas las negociaciones futuras que el Sarre era territorio alemán exclusivamente, de acuerdo con las fronteras de 1937, y que, en tal sentido, exigiera la vuelta del mismo a Alemania.

Tantos planes y declaraciones de principio querían decir que el clima seguía sin ser propicio para arreglar el problema.

Sin embargo, los contactos entre Bonn y París no se habían roto totalmente. En febrero de 1953, se habían entrevistado y tratado del asunto Adenauer y Bidault en Roma; en mayo, el Canciller se entrevistó con Teigten, viceministro francés de Asuntos Exteriores, en Estrasburgo, y, aunque la negociación fué secreta, "Le Monde" dijo días después que se había tratado de la constitución de un mercado germano-sarrés paralelo al francosarrés, si bien no se establecería ninguna barrera aduanera entre Francia y el Sarre y la balanza de pagos de los dos países no sufriría alteraciones que perjudicasen las finanzas galas. El acuerdo habría de ser, en todo caso, aprobado por el pueblo sarrés y garantizado en su cumplimiento por Inglaterra y Estados Unidos.

Los resultados de la conferencia no fueron nunca publicados oficialmente —ni tampoco desmentidos los extremos publicados por *Le Monde*—, pero cualquier solución que entonces pudiera proyectarse sobre el problema debía tener en cuenta el cambio de la situación en la Alemania Federal. Alemania ya no era el país en ruinas de ocho años antes. Aprobada y puesta en ejecución la reforma monetaria de 1949, la economía general se había puesto de pie movilizandó todas las fuerzas del potencial geográfico y humano de una nación de gran riqueza, dotada además de gran capacidad de organización y trabajo. Formalizada la división del mundo en Oriente y Occidente, puesta al descubierto la debilidad de Francia por las crisis de Indochina y Norte de Africa, había subido de punto el papel que Alemania estaba llamada a desempeñar en Europa. La debilidad de Francia era preciso sustituirla por una Alemania fuerte en todos los aspectos. Obtener la ayuda angloamericana para planes que no satisficieran de una manera clara los deseos de Bonn, ya no era tan factible como lo había sido hasta entonces. Quizás, en medio de todo, las potencias occidentales comenzarán a tener más interés en ganar la amistad alemana que en dar pruebas de amor ilimitado hacia una Francia que no respondía a sus planes generales en Europa.

Alemania empezaba a dejar de ser un objeto de discusión para convertirse en interlocutora y protagonista de un drama en la que la primera interesada era ella misma. Hasta entonces, pudieron las demás naciones tomar sus acuerdos sobre Alemania y limitarse a llamar a los políticos de Bonn al despacho de los Altos Comisarios en el Petersberg

para dictarles los acuerdos tomados. El momento había llegado en que, para tomar decisiones sobre Alemania, era preciso, en primer término, contar con la propia Alemania.

En todo caso, la actitud oficial alemana era de extrema cautela para tratar de evitar que se enconase la permanente llaga abierta entre Francia y Alemania en la cuenca del Sarre. Los meses pasaban en espera de que el proyecto de constitución de una Comunidad Europea de Defensa—de cuya aprobación dependía la entrada en vigor del plan van Natters—fuera aprobado por los Parlamentos de los países interesados. Alemania, para no dar lugar a dudas sobre su actitud, se apresuró a aprobarlo, con la esperanza de que Francia de este modo lo aprobaría también sin temor a que el Bundestag lo rechazase. Pero pronto se vieron todas las esperanzas por tierra. El 30 de agosto de 1954 el Parlamento francés se negó a aprobar el plan de creación de la Comunidad Europea de Defensa y el proyecto sobre el Sarre, subordinado al anterior, se hundió. Era preciso buscar otros caminos si se quería resolver el problema y evitar que continuara clavado permanentemente en el camino de la reconciliación germanofrancesa.

Mendes France ocupaba la Presidencia del Consejo de Ministros de Francia y con sus expeditivos procedimientos había terminado la guerra de Indochina y estaba tratando de liquidar el problema de Africa del Norte. También quiso aplicar sus métodos al Sarre y comenzó a tal efecto inmediatas negociaciones con el Gobierno Federal, conversaciones que dieron por resultado la firma en París del acuerdo de 23 de octubre de 1954, en virtud del cual se disponía que, hasta la firma de un tratado de paz entre los dos países, el Sarre quedaría bajo la dependencia directa de la Unión Europea Occidental—que representaría al territorio y se ocuparía de su defensa—representada por un comisario, quedando la situación económica regulada en grandes líneas por los principios acordados en la entrevista Adenauer-Teigten de febrero del año anterior en Estrasburgo, entregándose a los sarreses la administración directa de sus minas de carbón. Por lo demás se garantizaba a la administración sarresa una completa independencia de acción vis a vis de Francia y de Alemania.

Pero el punto más importante del acuerdo era la afirmación de que el nuevo estatuto del Sarre sólo entraría en vigor el día en que fuera aprobado por la población del territorio en un plebiscito que al efecto se convocaba para dentro de un año a partir del día de la fecha de la

firma del acuerdo de París. Con tal objeto, tres meses antes se otorgaría completa libertad para la formación y actividad de todo género de partidos políticos, comprometiéndose Francia y Alemania a no inmiscuirse en la vida política del Sarre para no coaccionar a los electores en uno u otro sentido.

Este punto del acuerdo era el más importante que Alemania había conseguido desde que a principios de 1952, en la Conferencia de Londres, se instó a que las partes interesadas entraran en contactos directos para la resolución del problema. Era además la primera vez en que una solución bipartita sustituía a los intentos de terceros (van Naters, Hoffmann) y en que se reconocía terminantemente la pretensión alemana de concesión de libertad a los partidos disueltos por el Gobierno de Hoffmann junto con la celebración de un plebiscito.

La posición de Francia, privada de sus colonias de Extremo Oriente y en vía de liquidación su Imperio norteafricano, la obligaba a aceptar los puntos de vista alemanes y a renunciar a un, siempre pretendido, apoyo angloamericano para garantizar el estatuto del Sarre.

De los acuerdos de París y a la luz de las dificultades de años anteriores y de la situación de Alemania como derrotada en la guerra, salía, a la larga, reforzado el Gobierno de Bonn, que presentó en otoño de 1954 al Bundestag el proyecto de acuerdo con Francia.

Pero no fué fácil obtener la aprobación. La oposición, dispuesta, en buena escuela parlamentaria, a hacer de cada carta una baza a su favor, ventiló los puntos negativos del acuerdo para criticar así al Gobierno y tratar de minar la posición del doctor Adenauer. El SPD, el Centrum, parte importante del FDP e incluso algunos diputados del propio partido del Canciller veían con malos ojos que, por la presión de Mendes France, Adenauer se hubiera visto obligado a aceptar la tesis francesa de que el acuerdo de defensa europea—que sustituía al proyecto de Comunidad Europea de Defensa rechazado por el Parlamento de París—solamente entraría en vigor si era aprobado el plan para el Sarre. El Canciller, que no quería aparecer como responsable del fracaso de un plan de defensa de Europa, no había tenido más remedio que acceder, aunque pidiendo previamente consejo a los jefes de todos los partidos políticos federales, a los que llamó a conferenciar a París en vísperas de la firma del acuerdo. Alguno de los llamados, como el doctor Dehler, dijeron a posteriori que no habían dado su visto bueno al proyecto y la atmósfera política federal se caldeó hasta extremos que per-

mitieron que, durante la votación en el Bundestag, cuatro ministros del FDP y uno del CD4 votaran en contra del acuerdo que había firmado el hombre que presidía el equipo ministerial del que formaban parte. La crítica general era que el acuerdo había sido pagado a demasiado alto precio para obtener un simple compromiso en torno a un estatuto, cuando —se decía en Bonn— el momento había llegado para exigir pura y simplemente la reincorporación del Sarre a Alemania.

En realidad las críticas ponían de relieve la auténtica falla del plan visto desde el campo alemán, a saber, que si, en la votación prevista, la población del Sarre rechazaba el proyecto de estatuto, se prolongaría indefinidamente el *statu quo* del territorio, sin poder volver a exigir una reincorporación o solución intermedia alguna mientras no se llegara a firmar el tratado de paz, firma que cada día se veía más improbable y lejana a la luz de la situación internacional. Y, si los votantes aprobaban el estatuto, tampoco podría lograrse una auténtica reincorporación a Alemania mientras no tuviera lugar la repetida ilusoria firma del tratado de paz.

Resumiendo: El acuerdo de París hacía imposible la reunificación antes de la firma del tratado de paz.

El punto de vista del Gobierno Federal era que más vale un mal acuerdo que ningún acuerdo y que más se ganaba avanzando paso a paso en el camino de la reunificación que dejando dormir el asunto por falta de un plan más favorable. Aparte de que con semejante abandono tampoco se conseguía la reincorporación ansiada. A mayor abundamiento, si en Bonn se hablaba de reunificación, el término era intraducible al francés. En París nadie consideraba por aquel entonces que existiera la menor posibilidad de ver impasiblemente al Sarre salir de las fronteras de Francia. Hablar, por consiguiente, en Bonn de reincorporación era, cuando menos, infantil. Nadie estaba en el mundo dispuesto a mover un dedo para que tal reincorporación se produjera y, menos que nadie, Francia. El gobierno que se hubiera atrevido a ir al Parlamento de París para proponer la unión del Sarre a Alemania hubiera durado en el Poder el tiempo suficiente para recibir la repulsa unánime de la Cámara.

No había, pues, otra alternativa y, falta de otra cosa, el acuerdo de París pareció al Gobierno de Bonn —en vísperas del viaje del Canciller a Alemania— suficientemente bueno, puesto que con él se conseguía lo que siempre habían deseado en primer lugar los partidos alema-

nes, es decir, el restablecimiento en el territorio de las libertades democráticas. El doctor Adenauer lo dijo así en el Parlamento y añadió: "La propia población del Sarre tendrá derecho a decidir sobre el contenido de las disposiciones que respecto a él se tomen... El que está convencido de que la población sarresa está y estará en condiciones de aprovechar adecuadamente las libertades políticas... no puede menos de estar de acuerdo con el plan sobre el Sarre". Y, en último término, subrayó que para Francia, tanto como para Alemania, no había más solución posible de momento que la basada en un compromiso.

Si en Bonn el debate sobre el estatuto del Sarre adquiría tonos dramáticos, tampoco en París caminaba con facilidad y el propio primer ministro se vió obligado a hacer ante la Cámara declaraciones que en Bonn se calificaban de interpretaciones erróneas de lo acordado en las negociaciones de octubre. Por algunos momentos se llegó a pensar en la celebración de una nueva conferencia e incluso se proyectó—por parte alemana—la intervención de Inglaterra y Estados Unidos. Pero Mendès France se opuso terminantemente afirmando que todo estaba ya suficientemente discutido y aclarado y si aceptó en entrevistarse con el Canciller en Baden Baden el 14 de enero de 1955 fué solamente para tratar de detalles concretos relativos a los preparativos para la celebración del plebiscito.

Finalmente, París y Bonn acabaron por reconocer que, a la vista de las circunstancias, el tratado, si no óptimo, era el mejor que podía obtenerse, y ambos parlamentos aprobaron entre febrero y marzo lo acordado. La votación en el Bundestag, por cierto, dió 264 votos a favor y 201 en contra, clara prueba de la profunda división que en la opinión nacional causaba el proyecto de estatuto.

Apenas dos meses después, la Unión Europea Occidental aprobó el acuerdo en la parte que a ella hacía referencia, es decir, en el control de las elecciones, procediendo seguidamente a nombrar una comisión internacional, que presidió el senador belga Dehousse, y en la que estaban representadas Holanda, Luxemburgo, Italia y el Reino Unido. La actuación de la comisión quedaba bajo la alta autoridad del Consejo de Ministros del Consejo de Europa, con atribuciones para suspender incluso las ordenanzas del Gobierno de Saarbrücken en lo que pudieran impedir la celebración de elecciones bajo las condiciones de "igualdad, secreto y libertad".

El día 25 de julio de 1955, el Gobierno de Saarbrücken, en cum-

plimiento de los acuerdos de París y a indicación de la Comisión Internacional, publicó una ley anunciando la celebración del plebiscito para el día 23 de octubre del propio año, es decir, para la fecha en que se cumpliría el primer año de la fecha de la firma de los acuerdos en cuestión. En la propia ley se declaraba abierto el comienzo del período de tres meses previsto para la realización en toda libertad de la campaña de propaganda electoral.

Inmediatamente comenzó la actuación de los partidos proalemanes, que constituyeron una coalición con vistas a presentar un frente unido el día del plebiscito. Sin embargo, encontraron que algunas de las disposiciones vigentes les perjudicaban notablemente, en cuanto que, por ejemplo, quedaba prohibido a los partidos políticos el uso de la radio, mientras que el Gobierno—al que consideraban parte interesada en la votación— podía hacer todo el uso que quisiera de tan importante medio de propaganda. El Gobierno de Bonn se quejó ante la Unión Europea, expresando sus temores de que por estas y otras razones la campaña electoral y la votación misma no pudieran llegar a reunir las condiciones básicas estimadas como garantía de una consulta realmente democrática.

Mientras tanto, los nuevos partidos políticos del Sarre (el DPS, Partido Democrático del Sarre, disuelto desde hacía años, presidido por Heinrich Schneider; el DSP, Partido Social-demócrata alemán, presidido por Kurt Conrad, y el CDU, Unión Cristiano Demócrata, presidido por el doctor Ney) se declararon unánimemente enemigos del estatuto aprobado en París, postura exacta a la que adoptaron las centrales sindicales sarresas.

La situación era extremadamente delicada. La entrada en escena de los partidos políticos alemanes se había marcado con una jornada de incidentes callejeros en una gran parte del territorio del Sarre, enfrentándose los militantes de los grupos proalemanes con los miembros de los partidos que hasta entonces—por afectos a Francia—habían sido únicamente tolerados. Y, lo que era más grave: Francia insistía en que, si el proyecto de estatuto era rechazado, se volvería pura y simplemente al *satu ante quo*.

Lo más curioso del caso era que solamente daban pruebas de estar dispuestos a aprobar el estatuto los partidos profranceses del Sarre y el doctor Adenauer.

En Bonn, la oposición alentaba a los tres partidos de nuevo cuño

del Sarre. En el Sarre, el CDU local desoía los llamamientos del CDU federal para que votasen sus afiliados a favor del estatuto. Hoffmann citaba la autoridad del doctor Adenauer para conseguir votos a favor de la aprobación. Bonn temía las consecuencias inmediatas que para sus relaciones con París podía tener un rechazo del estatuto. Pensar en nuevas negociaciones para tratar de salir del callejón sin salida que un NO crearía era imposible. Edgar Faure y Pineau recalcaban que, si se rechazaba el estatuto, todo volvería al estado anterior. La situación no podía ser más confusa y Bonn especialmente observaba con creciente temor la aproximación de la fecha de la consulta electoral.

Pronto fué evidente que los partidos proalemanes ganarían la votación. Pero el Gobierno alemán no podía dar marcha atrás y debía atenerse fielmente a lo pactado, si no quería arruinar su prestigio internacional adquirido a lo largo de laboriosas tareas y años de esfuerzos, si no quería que se hundiesen de nuevo los proyectos de defensa de Europa. El canciller declaró: "Tengo que hacer un ruego a la población del Sarre: ya comprendo que no quieren al Gobierno Hoffmann y estoy convencido de que el Gobierno Hoffmann carece totalmente de apoyo en el Sarre. Pero el camino para conseguir un nuevo gobierno es justamente la aceptación de este estatuto y luego, en las elecciones parlamentarias que deben celebrarse seguidamente, elegir un parlamento cuya mayoría sea contraria al Gobierno Hoffmann."

Por si no bastaba la palabra del canciller y a la vista de las dificultades internacionales de todo género que se acumulaban en el mundo después de disipado el primer optimismo de la Conferencia de Ginebra, Edgar Faure y Adenauer, desde Luxemburgo, declararon que no quedaba más remedio, si no se quería envenenar aún más la atmósfera, que aprobar el estatuto, porque constituía "la mejor solución desde un punto de vista europeo".

Pero el empuje de los partidos proalemanes era ya imposible de frenar y en vísperas de la votación la pregunta del mundo no era ya cuál sería el resultado sino qué actitud adoptaría Francia para hacer frente a la nueva situación. Bien estaba que Francia repitiese que el rechazo del Estatuto significaba el retorno al *statu ante quo*, ¿pero quién podía creerlo todavía?

La elección tuvo lugar el día previsto. El 96,72 por 100 de la población concurrió a las urnas. Un 67,71 por 100 de los votantes se negaron a aceptar el estatuto.

El resultado del escrutinio desencadenó una ola de entusiasmo en Alemania, en todos los sectores de la opinión pública sin excluir el CDU que con tanto ahinco había bregado precisamente por el resultado contrario. Pero no había más remedio que aceptar los hechos como se presentaban y reconocer que el resultado de la votación expresaba un evidente deseo del Sarre de verse libre de la tutela francesa. El Sarre quería volver a ser alemán, sin ningún género de dudas. La inmensa mayoría de la población se había manifestado contra la política de Hoffmann que, en la misma noche de las elecciones, presentó la dimisión de su Gobierno, consecuencia de lo cual fué que la Comisión Internacional de Control, cuya función se había proyectado que terminara con el plebiscito, hubo de continuar en funciones para no dejar al país sin autoridades. Para ocupar la vacante de Hoffmann fué designado por la Comisión Internacional el señor Wielsch, que constituyó un gobierno de técnicos para regir interinamente el país mientras se celebraban las elecciones parlamentarias de las que habría de salir el nuevo equipo gobernante. Una de sus primeras medidas fué la destitución de varios funcionarios que, según explicó al Gobierno francés, se habían hecho particularmente odiosos a la población sarresa y en tal sentido significaba un peligro para sus propias vidas la permanencia en sus funciones.

El Gobierno Wielsch convocó, pues, a elecciones parlamentarias para el 18 de diciembre siguiente, a cuyo efecto el Parlamento antes de disolverse hubo de aprobar un proyecto de ley con arreglo a la cual habría de celebrarse la nueva consulta popular.

Por encima del resultado del plebiscito, a través de la barrera de las fronteras del Sarre, Bonn y París se contemplaban mutuamente reflejando en su estupor la sorpresa producida por el escrutinio. Cabía el peligro de que Francia reclamara efectivamente la vuelta al *statu ante quo*. En realidad, todo había sido previsto en el proyecto de estatuto, todo menos que los sarreses lo rechazaran. Y ahora que lo habían rechazado sin lugar a dudas, ¿cuál iba a ser la conducta de París?

La realidad demostró inmediatamente que no era posible dar marcha atrás, que no podía pasarse por alto un resultado electoral tan terminante. Si alguien pensó en ello, desde luego no hizo nada por ponerlo en ejecución. Dese 1945 había corrido mucha agua bajo los puentes que cruzan el río Sarre y las circunstancias no eran las mismas para Alemania ni, bien entendido, para Francia.

Al día siguiente del plebiscito, Adenauer y Faure intercambiaron

telegramas: "...estoy convencido, decía el canciller, de que el resultado del plebiscito no puede ni podrá influir sobre las buenas relaciones entre nuestros dos países". "Como usted, respondía el Primer ministro francés, estoy convencido de que el resultado del plebiscito en el Sarre no debe separar a nuestros gobiernos del camino que han tomado. Las nuevas dificultades que se han amontonado en nuestro camino harán la tarea más difícil, pero no deben descorazonar nuestro común propósito de continuar sirviendo a Europa y a nuestros dos pueblos."

París y Bonn, conscientes de la histórica hora que les tocaba vivir, decidieron evitar a todo trance que el problema sarrés envenenara definitivamente las relaciones entre los dos pueblos. Tal decisión, en interés de Europa, era la mejor que podían adoptar.

Había, pues, que tratar de encontrar una nueva solución al problema y, a falta de programas internacionales, los propios sarreses presentaron uno ante el Gobierno Federal. En efecto, los jefes de los tres partidos proalemanes se presentaron en Bonn para dar a conocer un plan que preveía la integración del Sarre en la República Federal como un Land más, exigiendo al propio tiempo el fin de la anexión económica a Francia, si bien proyectando la negociación con París de un acuerdo que respetara en este terreno los intereses de Francia. Por otra parte, los partidos proalemanes proponían que en cualquier futura negociación entre Francia y Alemania participase el Sarre en un pie de igualdad.

Y, cuando poco después, celebradas ya las elecciones parlamentarias y constituido el nuevo Gobierno sarrés, su presidente fué a París a entrevistarse con Faure, hizo entrega a éste de un proyecto análogo al entregado a Bonn poco antes y en el que se reconocían los intereses económicos franceses, aceptando el Sarre que su futuro estatuto fuera objeto de negociación directa entre Francia y Alemania. Eran los últimos días del Gobierno Faure y todo dió la sensación de que Francia se resignaba a lo inevitable y que se disponía ya a tratar únicamente de salvar lo que buenamente fuera salvable.

Por razón precisamente de la situación interna de Francia pasó algún tiempo antes de que Bonn y París decidieran reanudar el diálogo para tratar de poner punto final al pleito. Francia, tácitamente, reconocía la advertencia contenida en el resultado del plebiscito y, dando lo pasado por pasado, se disponía a buscar una solución al caso partiendo de bases totalmente nuevas. Todavía tuvo el gobierno parisino un gesto de cólera cuando las autoridades sarreras tomaron unilateralmente la

iniciativa de devolver la nacionalidad alemana a los sarreses y adoptaron la bandera federal como emblema del territorio. Pero pronto se calmó y pudieron comenzar en una atmósfera tranquila las negociaciones finales en virtud de las cuales iba a quedar de hecho liquidada la segunda guerra mundial entre Francia y Alemania.

No siempre fueron fáciles las negociaciones. La obtención de un compromiso significaba exigencias y cesiones por ambas partes. Cada una trataba de obtener lo más posible cediendo lo menos que pudiera. Francia deseaba obtener el mejor "precio" de su abandono del Sarre en beneficio de Alemania. El "precio" era principalmente económico y en este sentido París exigió un período transitorio, que se prolongaría más allá del término que se marcara para la anexión política del territorio a Alemania, período de transición durante el cual el intercambio comercial francosarrés debería sostenerse al nivel anterior y los bancos y sociedades de seguros francesas deberían poder continuar sus actividades normalmente y sin limitaciones. Quería además Francia que se le garantizase una cuota anual de carbón sarrés y el derecho a explotar la cuenca del Warndt durante veinticinco años. Además deseaba que el Mosela fuera canalizado para obtener de este modo a buen precio el carbón necesario para sus industrias de Lorena y ahorrarse el elevado flete ferroviario. Finalmente, en el terreno personal pedía que no se tomasen represalias contra los que se habían opuesto a la reincorporación del Sarre a Alemania y en el aspecto cultural solicitaba que los institutos y centros de enseñanza franceses en funcionamiento en el territorio pudieran continuar sus actividades normalmente.

La réplica de Bonn tenía como eje un acortamiento de los plazos señalados por Francia ofreciendo dejar en suspenso durante tres años la incorporación económica del Sarre a la República Federal, período de tiempo durante el cual el propio territorio sarrés estaba interesado en continuar unido a la economía francesa para evitar las consecuencias perjudiciales de un pase demasiado brusco de una a otra esfera económica.

El resto de la negociación fué ya un mero discutir sobre cifras. Ambas partes estaban de acuerdo en que era imprescindible e inaplazable la incorporación política del Sarre a Alemania y no les faltaba más que ponerse de acuerdo sobre los sacrificios que cada una de ellas debía hacer para financiar la operación. Los técnicos se ocuparon de buscar la fórmula de arreglo y, mientras barajaban cifras, toneladas y pla-

zos, el día 4 de junio se entrevistaban en Luxemburgo Adenauer y Guy Mollet y establecían el día 1 de enero de 1957, como fecha definitiva de la reincorporación política del Sarre a Alemania, señalando de paso el 1 de enero de 1960, como fecha tope de la unión económica total del territorio a la República Federal.

Con ello quedaba terminada la actuación de los políticos y proseguía la de sus subordinados económicos, labor de la que se ocupa en detalle otro artículo de este mismo número de la Revista.

Para la historia de la evolución del problema bastará con recordar que el 12 de diciembre de 1956, la Asamblea francesa aprobó el proyecto y que tres días después daba su visto bueno el Bundestag.

Y el día 1 de enero siguiente, en presencia del doctor Adenauer, tuvieron lugar en Saarbrücken los actos de la incorporación política oficial del Sarre a Alemania.

Emilio BELADIEZ

